

Nadie me O DE AMORES DESESPERANZADOS

María AMBRIZ ÁVILA

Estudiante de 9º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

Una habitación derruida en la que las sombras predominan hasta que la luz amarillenta de un fósforo se hace presente, ésa es la introducción a la vida de Joaquín Buitrago, existencia en la que los colores, la luz y la morfina juegan un papel primordial. La figura del viejo fotógrafo puede remitir al Quijote: un caballero de triste figura que se encuentra fuera de su contexto buscando aventuras que, embelesado con la idea de salvar su existencia de la nostalgia y la desazón que la llenaba, se deja guiar por la morfina, ¿o la locura?, tras la historia de Matilda Burgos, su Dulcinea. El morfinómano, Buitrago, lejos de contar con un escudero sólo tiene una cámara con la que pretende enseñar al mundo la realidad y mostrar a los habitantes de éste que su forma de ver aquello que los rodea no es la indicada. La vida del viejo fotógrafo se ve marcada o dividida por sus mujeres: la primera Diamantina Vicario, la segunda Alberta Mascardelli; y por su asidua compañera la morfina. El arte de Joaquín Buitrago consistía en capturar el dolor, el abandono y la desesperanza. “¿Cómo se convierte uno en fotógrafo de locos?” es la pregunta que lo seduce y lo lanza en busca de una historia, del pasado de la mujer que le hace esta pregunta.

La responsable de despertar esta nueva obsesión en la vida de Joaquín Buitrago y saber qué hay detrás él, es Matilda Burgos, quien se encuentra internada en La Castañeda bajo el diagnóstico de *locura moral*. El primer encuentro entre estos personajes se da en el manicomio en el que la enferma se encuentra internada, donde el fotógrafo está trabajando una serie de placas. La actitud, la fuerza de Matilda impacta a Joaquín cuando en vez de mostrarse temerosa ante la cámara se muestra desafiante. “¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos?” es la pregunta que lanza la mujer a Joaquín, dicha interrogante lo lleva a recordar otra cuestión que años atrás le hizo ella misma: “¿Cómo se llega a ser fotógrafo de putas?” el hecho de reencontrarse con esta mujer despierta la curiosidad del Sr. Buitrago quién sólo puede responder con otra pregunta: “¿Cómo se convierte uno en una loca?”. A raíz de estas interrogantes la vida de Joaquín y de Matilda comienza a revelarse ante el lector.

Las vidas de estos dos personajes se enlazan en diversos puntos y circunstancias. “La primera mujer” del fotógrafo también de alguna manera lo es de Matilda. Diamantina Vicario es la encargada de sacar de sus mundos, de ser el parteaguas en la vida de estos personajes que a pesar del mundo cultural, social e inclusive espacial que los dividía en un principio, se unen en Diamantina para romper con todo lo que se les impone. La casa en Mesones 35 se convierte en el centro donde Matilda y Joaquín rompen con lo que se esperaba de ellos. Él,

VERÁ LLORAR

por una parte, comienza con el distanciamiento de su realidad burguesa porque “Los ricos, Joaquín, carecen de imaginación. Debes hacer algo contra eso”, así hace éste y deja de lado la profesión que según la tradición familiar debía seguir. “La damita” deja de lado “las buenas costumbres” y “se pone lista” porque “las mujeres deben entrar al cielo con libros, con música, no con escobas y trapos viejos”, la instrucción recibida al llegar a la capital fue dejada de lado como el hogar de su tío. La señorita Vicario viene a romper con todo lo establecido arrojando a estos dos seres al mundo, dejándolos ante su destino, porque así como inesperadamente llegó a ellos, se va.

En *Nadie me verá llorar* la desesperanza a la que se entregan Joaquín y Matilda surge a partir de las constantes pérdidas y abandonos a los que se ven sometidos. Al alejarse de sus padres cuando éstos la envían a la capital para que viva con su tío y así mejore su vida, Matilda se enfrenta por primera vez al “abandono”, se repite a sí misma en este mar de emociones, “Nadie me verá llorar” sin imaginar que alguien en ese momento conocería sus lágrimas. El desaliento en ella existe desde el amor que siente por su padre, un amor distinto al que sintió por él no existió en su vida o no supo percibirlo. Columba Rivera advierte a Matilda que debe cuidarse, puesto que el amor no es bueno para las mujeres y sumando a estas advertencias la lectura que hace de la novela *Santa* de Federico Gamboa, la joven en ningún momento espera la llegada de un hombre que la ame y la salve de la vida a la que se entrega debido a las distintas adversidades con las que se encuentra. Su situación empeora cuando “el aficionado a las causas perdidas”, Paul Kamáck, logra sacarla de este mundo en el que se ha habituado a vivir y después de un tiempo la deja a su suerte. Por su parte, Joaquín Buitrago conoce el abandono desde tres posturas: el abandono del que es víctima, el abandono al que somete y el abandono de sí mismo. A diferencia de Matilda, el fotógrafo se pierde en el amor, se entrega a éste a pesar de todo lo que implica aun a sabiendas de que Diamantina sólo se pertenece a sí misma, a sabiendas de que Alberta ya no estará, y motivado por la ausencia de ésta Joaquín se entrega al abandono de sí mismo utilizando la morfina. Matilda Burgos viene a dar un poco de luz a la vida del morfinómano, lo ayuda a desembarazarse de algo del peso con el que cargaba a cuestas.

Nadie me verá llorar no sólo nos habla de la vida de estos personajes, de sus encuentros y desencuentros amorosos. En esta novela podemos encontrar muchas historias, “fotografías” de la sociedad mexicana de principios del siglo xx, realidad que en algún punto se llega a confundir con un reflejo del momento

que habitamos. La Castañeda, uno de los principales escenarios de la novela nos permite ver historiales clínicos, la vida de los internos y de los médicos que trabajan en este asilo. La investigación que realiza Joaquín para adentrarse en la vida de Matilda nos permite conocer un poco de la historia de Papantla. Cástulo Rodríguez nos deja ver la situación de las esferas sociales más bajas al igual que lo hace Matilda cuando inicia su recorrido en el mundo de la prostitución.

Las distintas historias que convergen en este asilo se llenan de aromas, colores, luces y emociones, son un caleidoscopio que muestra a quien decide aventurarse en esta narración, los matices que existen o han existido en cada una de las vidas que conforman esta novela. Las pasiones a las que se entregan estos personajes, los lugares en los que desembocan, el pasado y el presente son juegos de luz que se ven afectados como en toda fotografía por el tiempo de exposición, la cantidad de luz, etcétera.

A partir de descripciones detalladas que se intercalan con sentencias breves, el narrador captura la esencia de un sonido, un color, una emoción o un suceso que enmarca un momento en la vida de cada uno de los personajes. Las distintas voces se mezclan con la del narrador para dar forma a entes y lugares aún desconocidos para el lector. Una palabra basta para remitir o trasladar al lector a otro personaje y para contrastar la importancia de esta palabra en la vida de cada uno. Los nombres y los adjetivos se repiten constantemente, se degustan, se disfrutan hasta que éstos pierden el sabor, el sentido y dejan de valer algo o de pertenecer a alguien.

Una sucesión finita de reflexiones, descripciones e historias que se unen a palabras sueltas que remiten a seres y parajes lejanos. Colores y olores que se intensifican o atenuan según la historia regresa o avanza en la vida de los personajes. Un juego de luces en el México de finales del siglo XIX y principios del XX. Un cruce de caminos que convergen en un mismo punto, en un mismo ser: Matilda Burgos.

BIBLIOGRAFÍA

Rivera Garza, Cristina. (2008) [1999] *Nadie me verá llorar*. México, Ed. Tusquets.